

La Segunda Mirada



Pedro Martín González

Había llegado al Museo a primera hora de la mañana.

Quería que aquellos objetos me hablaran y, en un diálogo sincero, me desvelaran algunos de los secretos que habían guardados celosamente durante años y que me habían motivado viajar hasta allí.

No sería tarea fácil, supe enseguida. Comunicarme a través de una “Primera Mirada” me había exigido un desplazamiento costoso -hasta ahí llegaba el compromiso establecido por ambas partes- pero abrir esa otra Comunicación, que tanto ansiaba, sería una empresa aún más ambiciosa.

No tenía dudas, habría de ser utilizando esa otra manera de Ver, que es la “Segunda Mirada”, como podría obtener el premio deseado.

En su extraordinario libro titulado “La lluvia amarilla”, Julio Llamazares nos sobrecoge con la historia de Ainielle, un pueblo del Pirineo de Huesca abandonado por todos sus vecinos excepto por uno, el último de ellos, el solitario, huraño, irreductible y “loco”, Andrés.

En el desenlace de esta obra, el protagonista va narrando en primera persona todos los episodios que condujeron a aquella situación tan desoladora, estremecedora y descarnada, preguntándose si, después de su propia desaparición, alguien que pudiera observar Ainielle desde lo lejos llegaría a visualizar, siquiera por un instante, que una vez hubo Vida en aquel pueblo ahora ocultado por la maleza.

Sí, un pueblo en el que ya se apagaron todos los fuegos de las chimeneas, se olvidaron todos los ecos de los pasos de quienes lo habitaron, se marcharon todas las risas de los niños que en sus calles jugaron, y callaron, para siempre, todos los ladridos de los perros.

¿Alguien sabría entender, ayudado de una “Segunda Mirada”, lo que un día fue aquel lugar increíble, cuajado de luz, alegría, ruido, belleza...?

Leyendo a Julio Llamazares trataba de analizar el alcance de esa “Segunda Mirada”, y lo hice, ayudado, primeramente, por el escritor leonés y, después, por otros episodios y argumentos ya vividos.

Al hilo de ello recordé a Carl Sagan -el mundialmente conocido astrónomo de la NASA- quien sostuvo durante una década una controvertida petición, un intenso debate con las más altas instancias de esa Institución científica para conseguir que la sonda Voyager realizara

una fotografía de nuestro Planeta antes de abandonar, definitivamente, la órbita de Saturno, perdiéndose para siempre en el espacio profundo del Sistema Solar.

Triunfó su más que denodado empeño y el 14 de febrero de 1990, siguiendo sus sugerencias, los ingenieros de la NASA enfocaron las cámaras de la nave espacial hacia la Tierra para tomar una de las panorámicas más increíbles jamás obtenidas.

A más de seis mil millones de kilómetros nuestro planeta no era más que un diminuto y perdido punto azul en aquella región del Cosmos. No obstante, su presencia suponía también un auténtico desafío ante tanta oscuridad, inmensidad y caos, pues en aquel insignificante “punto azul” reinaba ese milagro que es la vida, la única y verdadera vida hasta el momento conocida.

La fotografía dio la vuelta al mundo y el mensaje que aquel astrónomo quiso transmitirnos a todos tomó forma en su libro: “Un punto pálido: una visión del futuro humano en el espacio”.

Yo creo que aquella instantánea podría ser una verdadera “Primera mirada” para un observador que nos descubriera por primera vez desde más allá de los límites conocidos por nuestra Ciencia.

¿Quién podría sospechar que en aquel remoto “punto azul” pudiera existir tanta belleza, vida inteligente, humanidad...?

Nunca podemos llegar a comprender con una “Primera Mirada” cuáles son los límites de nuestra visión, el alcance de nuestro entendimiento, el razonamiento de nuestra opinión, la aceptación o el rechazo de lo observado.

De igual manera Jean Soublin hizo apología de otra forma de “mirar” en su acertadísimo libro: “La Segunda Mirada: viajeros y bárbaros en la literatura”. En este ensayo, el escritor francés describe cómo las opiniones sostenidas en los primeros encuentros con bárbaros, indígenas, marginados sociales o pueblos alejados de la civilización, pueden desmoronarse una vez que la convivencia se haya producido, descubriéndose en ese momento el verdadero espíritu que palpita dentro de ellos más allá de unas rápidas impresiones apriorísticas que pueden llegar a ser confusas.

A esa “Segunda Mirada” dedica el autor su magnífico trabajo, invitándonos a dudar de las primeras intuiciones, conduciéndonos a través de personajes como Herodoto, Tácito, Montaigne o Merimeé, quienes se acercan con ojos extrañados a Escitas, Germanos, Indígenas o Gitanos: unos pueblos con los que terminan estableciendo un diálogo sincero, comprendiendo su cultura gracias a la segunda oportunidad de esa “Segunda Mirada”.

La “Primera Mirada” es siempre la más ingenua y por esta razón puede ser también la más alejada de la realidad. En la “Primera Mirada” el observador reúne en torno de sí todas las expectativas, pero ninguna de ellas entrará a formar parte de su saber objetivo, pues en el transcurso de esa “primera experiencia” todas las probabilidades no serán sino percepciones y oportunidades aún sin cristalizar.

La “Primera Mirada” no enjuicia, se deja formar, acoge todos los comentarios, está abierta a cuantas exposiciones aparecen, es receptiva y permisiva, pues estando todo por hacer, escuchar y sentir se mostrará renovada y, por consiguiente, atrevida, osada y valiente.

En la “Primera Mirada” ya existe el misterio, al menos una primera forma de misterio, porque lo desconocido siempre ha resultado atractivo, siendo gracias a ello que el ser humano se ha aventurado fuera de sus dominios, dirigiendo sus impulsos hacia otras profundidades. En efecto, en esos espacios, distantes y ocultos, hombres y mujeres hemos sabido obtener el Conocimiento: un saber que con el transcurrir de los tiempos se nos presentará ilimitado, infinito e inagotable.

Más allá de la “Primera Mirada” aparece la “Segunda Mirada”, que destapa el misterio, pretende ser objetiva, advierte el alcance de lo observado, limita sus posibilidades, derriba los tópicos, asume la realidad de las cosas y descubre que para opinar es necesaria la experiencia, y para enjuiciar, lo es, el verdadero aprendizaje.

La “Segunda Mirada” necesita, además, de la sensibilidad, de la imaginación, de la paciencia, de una profunda fe en las posibilidades de conexión que tiene un espíritu abierto y dispuesto, y más allá de todo ello, necesitará estar acompañada del amor mismo.

Mientras meditaba sobre todo ello, las puertas de aquel Museo se habían abierto para mí, y a partir de aquel instante disponía de todo el tiempo para poner en práctica mi “Segunda Mirada”. Sí.

Todas y cada una de las piezas que se mostraban en aquel extraordinario Museo –objetos desnudos, expuestos a la intemperie, desprotegidos ante una cámara fotográfica, blancos de un comentario banal -o sofisticado- incapaz de ser contrarrestado- todos los elementos, decía, eran dignos de ser descubiertos desde la perspectiva de la “Segunda Mirada”.

Me detuve delante de un “shinken” del siglo XVII y, más allá de la belleza de sus formas, me pregunté: ¿Habría defendido aquella espada la verdad, la justicia y el honor, o fue quizá empuñada para satisfacer otros fines más perversos y destructivos? Nunca lo sabríamos, pero allí estaba aquella pieza de artesanía forjada en el Período Edo, presidiendo una vitrina ostentosa y escondiendo para sí la verdadera naturaleza de su historia. Se mantenía allí, quieta, al abrigo de una “Segunda Mirada” inquisitoria, una mirada que, al menos por un instante, quiso introducir un pequeño interrogante, sembrando, quizá, una primera duda, poniendo en entredicho su presumible noble pasado.

Más adelante, permanecí frente a un viejo “keikogi” preservado en el interior de una caja acristalada. ¿Cuántas emociones, voluntades, experiencias, desencuentros o pensamientos, podría contener aquél viejo “keikogi”? ¿Fue feliz el maestro que un día lo vistió? Con más de cien años de historia, aquel “ubagi” tendría muchas cosas que enseñar a los jóvenes budokas que osaran atreverse a mirarlo desde una “Segunda Mirada”, saltando por encima de su viejo diseño, instalándose más allá de su vetusto color y olvidando sus tremendos jirones.

Y así observé, a través de mi “Segunda Mirada”, todas aquellas viejas piedras diseñadas para hacer más fuertes músculos y tendones; las ancestrales herramientas de labranza renacidas en el arte del Kobujutsu; los mapas centenarios que trajeron ideas nuevas y reliquias de otros mundos; cientos de armas de distintas procedencias; fotografías y daguerrotipos, anotaciones y cuadros genealógicos con nombres y apellidos que aún querían expresarse a través del tiempo y del espacio.

Mirándolas, detenidamente, quise pensar que todas y cada una de aquellas piezas del Museo tuvieron un día su propia vida, que junto a ellas, hombres y mujeres construyeron sus particulares sueños, disfrutándolas, haciéndolas evolucionar y abandonándolas, finalmente, con el devenir de los años.

Bajé después al dôjô que, aunque vacío a primera hora de la mañana, quiso exponer sus más íntimos secretos a mi “Segunda Mirada”.

Y fue entonces cuando vi deambular sobre su tarima a innumerables generaciones de budokas que pisaban con devoción aquellas viejas tablas; escuchar esos gritos desgarradores que tratan de unificar las energías; ver manos grandes y pequeñas sujetando con firmeza las armas largas, las cortas y aún otras más, afiladas, encadenadas y flexibles, haciendo con ellas movimientos imposibles; observar cómo los niños portaban los viejos “bogos” blancos; advertir sollozos incontrolados, alegrías desbordadas, esfuerzos denodados y voluntades ilimitadas.

Lo había conseguido.

Mi “Segunda Mirada” me conectó, siquiera por un instante, con el espíritu de aquella Escuela, sucediendo esto a pesar del vacío, del olvido del mundo y sus gentes, del letargo profundo y callado en el que estaba sumido el viejo arte del Karate en el interior de aquel dôjô incomparable.

Kenshinkan dôjô 2017